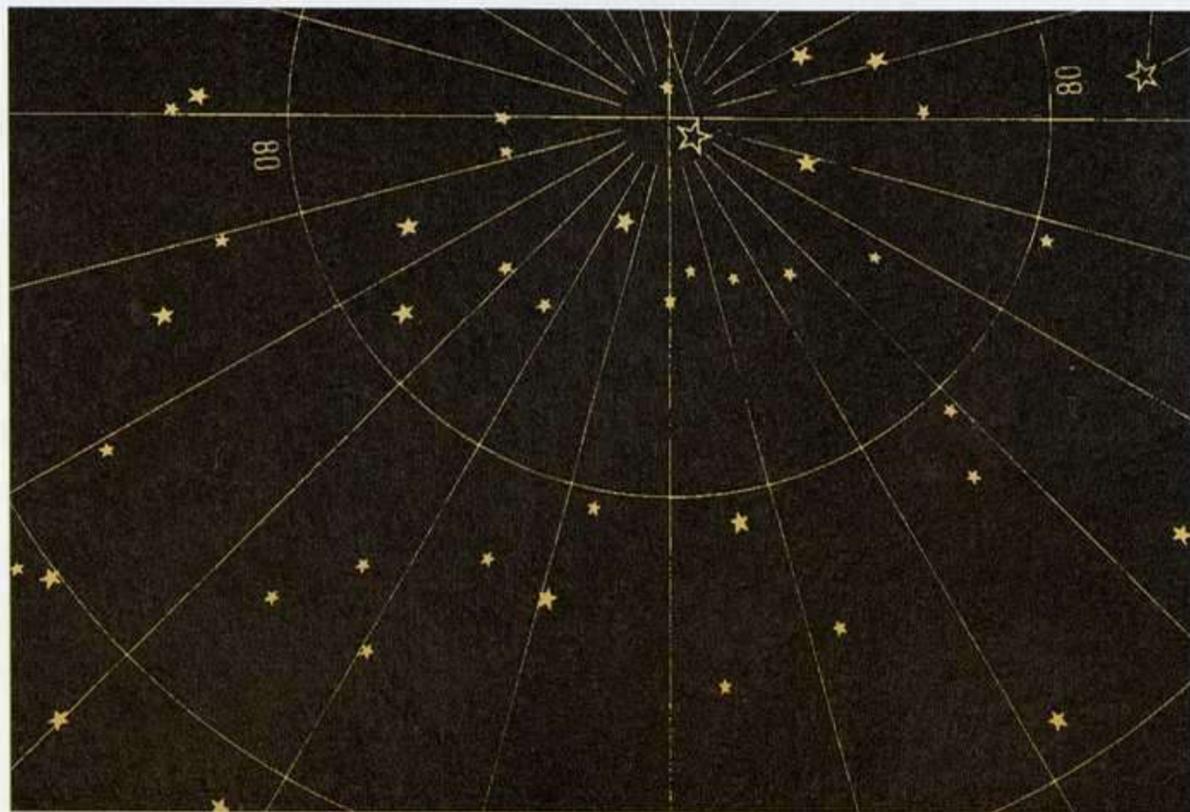


EPISODIOS DE NOCTAMBULIA

Carlos Marzal



DESPUÉS de revolver casi todo el guardarropía de los recuerdos, he llegado a estar seguro de que no sé la fecha exacta en que vi por vez primera a Felipe Benítez Reyes. Supongo que este rigor de mi desmemoria se debe a que tengo la certeza de conocerlo desde siempre.

Los amigos del alma representan uno de los pocos cimientos de nuestra tambaleante personalidad, y la hipótesis retrospectiva de que hubo un tiempo en que aún no existían nos deja un amargo sabor en la boca: quizá también debió de haber un tiempo, en nuestra propia vida, en que nosotros tampoco existimos del todo, al menos tal y como es preciso que exista la gente bien nacida que en el mundo es: rodeada de sus inseparables amigos del alma. Hacer elucubraciones de este género, acerca de los fundamentos afectivos de la personalidad humana, es un asunto de enorme peligro. El alma es

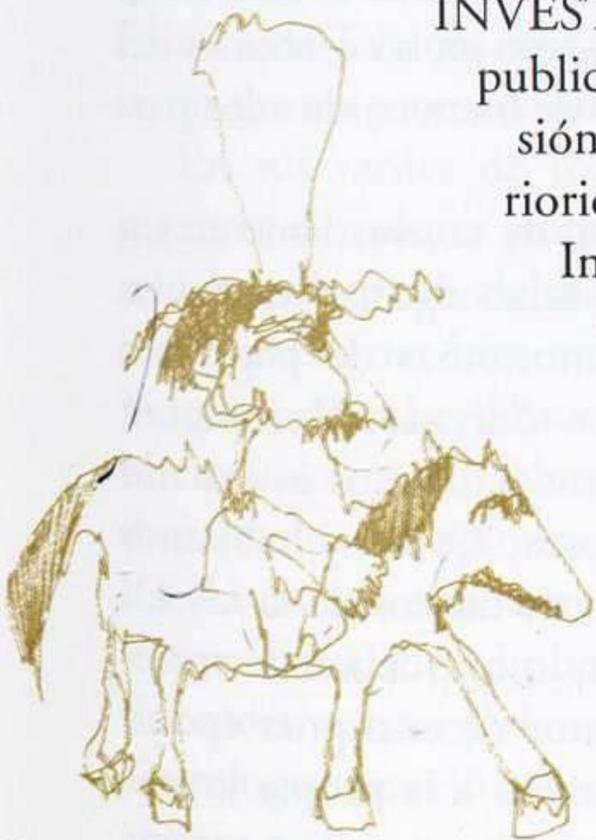
un país salvaje, lleno de galerías secretas, recodos oscuros y páramos batidos por la ventisca, y para aventurarse en él hace falta el coraje de un explorador, así como la sutileza temperamental que poseen las monjas clarisas, cuando bordan las sábanas principescas y hacen esos dulces de membrillo que otorgan el perdón de los pecados a los golosos de buenas entrañas. Por el despeñadero de las cábalas espirituales ha habido más de un intrépido que se ha precipitado

para nunca más volver. De manera que es mejor no adentrarse en las selvas sonoras de la conciencia, porque se empieza por reflexionar sobre los amigos del alma y se termina por creer que hubo una época en que no estuvimos nacidos por entero. Y es que imaginarnos en el pasado sin nuestros amigos más queridos nos produce una extraña melancolía prenatal, una descorazonadora orfandad anterior al origen del mundo, que como todo el mundo sabe se crea con cada nuevo pensamiento de cada individuo.

Debí de conocer a Felipe Benítez hacia el final de la primavera de 1983, o puede que del 84 u 85. (Aunque él ya era por entonces un tipo singular, todas las primaveras se parecen un poco.) Si me hubiera esforzado en consultar cartas, libros y revistas, hubiese podido circunscribir mucho mejor la fecha, pero creo que estas prospecciones en el recuerdo es mejor que estén envueltas en una perezosa neblina de indeterminación. Sufro, entre otros fetichismos, el de lo remoto, y todo lo que se desdibuja y vela adquiere ante mi fantasía un amable prestigio. Así es como se puede hablar de los asuntos personales sin demasiado sonrojo: como si habláramos de ruinas que nos resultan a la vez familiares y ajenas, porque pertenecen a esa tierra de nadie en que consiste lo pretérito (que al nombrarlo con esa palabra aún parece más hierático, ilustre y distante que el simple pasado).

La Valencia de aquellos años era la Ciudad de los Congresos. Ignoro si hay algún fundamento genético para que se produzca el entusiasmo asambleísta de los valencianos, pero el caso es que por aquel entonces cada dos o tres días se celebraba una Feria, una Muestra, una Bienal, un Congreso, todos

más o menos mediterráneos, pero siempre de importancia decisiva para el desarrollo de la cultura contemporánea. Fue tanta la euforia de las convenciones durante aquel tiempo que el INVEST (Instituto Valenciano de Estadística), en los análisis publicados en la década de los 90, ha llegado a la conclusión de que no existe ningún aborigen, nacido con anterioridad a 1975, que no haya organizado algún Encuentro Internacional de Cualquier Cosa Reciente, o en su defecto que no haya participado en él como ponente o espectador. Aunque carece de base científica, sospecho que la chifladura de mis paisanos por los cónclaves la provocan los excesos de la luz, y en especial los desafueros climatológicos, que han hecho desaparecer de la vieja tetraarquía atmosférica no sólo a la primavera y al otoño, sino también a Su Despótica Majestad El Invierno. Vivir en un permanente verano, salpicado de minúsculas intermitencias invernales, no puede deparar nada



Eugenio Marrón El hombre de la chistera, 2001

bueno para las imaginaciones y los cuerpos de los nativos, que se ven empujados a salir de sus casas y a buscar compañía por esos mundos inquietantes. En dicho comportamiento —no estarse quieto entre las cuatro paredes de una habitación—, como ya nos advirtió el bienaventurado Michel de Montaigne, estriba el origen de todos los males del hombre. Pero no estamos aquí para hacer una aportación psicoetnográfica a la Postmodernidad, sino para tratar de cómo Felipe Benítez Reyes vino a dar con sus huesos, allá por el ochenta y pico, en la Valencia del Cid, alias la Ciudad de los Congresos, alias la Ciudad de los Museos.

Me va por la cabeza que nuestro personaje acudió como invitado al ?? Congreso de Escritores del Mediterráneo. Si yo fuese un individuo cuidadoso con los detalles numéricos, habría podido averiguar de qué Congreso se trató, pero además de estar seguro de que no tiene ningún interés, padezco desde mi infancia una variedad contable de la amnesia, que me impide recordar los cumpleaños, las efemérides, las fechas de publicación de las primeras ediciones, los años de inicio de las guerras. Siempre he mirado con envidia a ese tipo de memoriosos que son capaces de recordar cómo leyeron por vez primera a Shakespeare en mayo del 57, que visitaron la Capilla Sixtina el 16 de octubre de 1962 y que probaron su primer trago de alcohol el día en que cumplieron nueve años. Para mí —lo digo con la melancolía de quien hubiese querido ser un virtuoso de las cifras exactas—, los acontecimientos pertenecen a una imprecisa nebulosa común, aunque gracias a ella no siento como demasiado distante lo lejano en el tiempo, ni como demasiado próximo lo contemporáneo. Ventajas e incomodidades que acarrea la enfermedad de los guarismos.

El Congreso de Escritores en que conocí a Felipe Benítez se celebró en la Universidad Vieja de la calle de la Nave, bajo la juiciosa tutela de la estatua de Luis Vives, pero no fue allí donde me lo presentaron, sino en las cercanías del Ayuntamiento, la mañana en que se celebraba el acto de bienvenida a los participantes.

En el ochenta y pocos yo tenía la secreta intención de convertirme en un escritor secreto, y aunque no había publicado nada —salvo algunas reseñas en algún suplemento literario local— emborronaba montañas de papel sin rumbo fijo. Hacía muy poco que un grupo de cuates —Salvador Domínguez Jardón, Tomás March, Antoni Domènech y yo— nos habíamos inventado una revista de literatura y arte con la excusa de los toros, *Quites*, y habíamos conseguido que la Diputación de Valencia, entonces en manos de la UCD, nos la financiara. Al margen de eso, me entretenía con lo que deben de entretenerse, imagino, todos los jóvenes aspirantes a escritor de cualquier época: devorar lecturas, olfatear el aire de su tiempo y sobrevivir a la propia juventud, que es un periodo de candoroso énfasis, hecho de una angélica mezcla

permanente de ignorancia, fuerza animal y sueños. Con el apetito omnívoro de los poetas inéditos, husmeaba desde hacía muchos años las revistas y los suplementos literarios que mi padre leía —*Ínsula, La Estafeta Literaria, la Nueva Estafeta, Los Cuadernos del Norte, Informaciones, Diario 16, ABC*—, deambulaba por la biblioteca familiar, y escribía sin descanso, como casi todos los debutantes, quincallería hermética, relamida y solemne. Ese género de delirios de adolescencia caen debajo de lo que el maestro Pla hubiese denominado *inenarrables collonades aclaparadores*, que podríamos traducir con libertad filológica por *inenarrables gilipolleces abrumadoras*. Pero la verdad es que en algo tenía que matar el exceso de ocio que me permitía mi feliz condición no sé si de estudiante de los últimos cursos de Filología Hispánica o de recién licenciado en lo mismo. En cualquiera de los dos casos: mi feliz condición de haragán con porvenir incierto y corazón vacante.

Fue mi viejo amigo de infancia, Salvador Domínguez Jardón —también aspirante a poeta desgarrado— quien me dio a conocer la revista *Fin de Siglo*, que dirigían Felipe Benítez y Francisco Bejarano en Jerez de la Frontera. Salvador Domínguez había estado una temporada sirviendo a la patria en la Capitanía de Sevilla. Para entretener los dolientes vacíos de pernocta, se dedicó durante las tardes de su servicio militar a tres asuntos distintos que tenían un mismo fundamento: beber whisky sin tino, aprender el arte de volar cometas y frecuentar a los escritores jóvenes de la ciudad. En la librería Renacimiento —no todavía la de Mateos Gago, sino la diminuta que se encontraba en Rodrigo Caro, un callejón próximo— conoció a su dueño, Abelardo Linares, a Juan Lamillar, que por entonces trabajaba allí de dependiente, y a Felipe Benítez, quien en aquellos años trataba de hacer pensar a su familia que se dedicaba concienzudamente al estudio en la Universidad de la Antigua Fábrica de Tabacos, para convertirse en un hombre hecho y derecho y labrarse un futuro prometedor.

En sus tardes de recluta sin consuelo (cuando no volaba sus cometas gigantes de colores eléctricos en las orillas del Guadalquivir ni se atracaba de whisky peleón en alguna de las tabernas próximas a su piso de Triana), Salvador Domínguez hizo amistad con la gente de Renacimiento, y se trajo hacia Valencia revistas y libros recién salidos del horno. En aquel vetusto tiempo de nuestra juventud, Salvador Domínguez era todo un portento de acometividad, y tenía un aplomo impropio de sus años. Poseía el don de hacer creer a los demás que estaba en el secreto y que quien lo escuchaba disfrutaba del privilegio de asistir a importantes revelaciones de carácter indeterminado, pero de enorme trascendencia. Entre otros muchos descubrimientos, Salvador Domínguez reveló a sus conocidos andaluces la inexistente obra de dos magníficos poetas inexistentes de Valencia: él mismo y su amigo Carlos Marzal. La palabra de Salvador Domínguez tenía cierto poder chamánico, y su cir-

cunspección hacía verosímil lo quimérico, y tangible lo impalpable, porque por sus venas corre sangre de la muy noble villa de Requena, lugar fronterizo y de mucho ajetreo histórico. Ante su convencimiento de notario, la gente adquiriría una fe repentina, y daba por bueno lo que sólo existía en su imaginación.

Cuando Salvador Domínguez supo que Felipe Benítez y Paco Bejarano habían sido invitados al Congreso de Escritores de Valencia, les telefoneó para comunicarles que allí los encontraría, y que desde aquel momento estaban bajo su protección y amparo en tierras del Este. Salvador Domínguez había pasado muchas noches de su primera juventud ensayando obras de profunda oscuridad centroeuropea, con un grupo teatral de aficionados, y tenía un fervoroso concepto de las posibilidades del monólogo dramático, por lo que solía aderezar las cosas con un poco de grandeza trágica, lo requiriese la ocasión o no. De frecuentar los parlamentos clásicos, se había forjado la costumbre de dorar de misterio los asuntos sin importancia y de ignorar con desprecio olímpico todo lo misterioso e importante, como había visto hacer a los monarcas absolutos en los dramas sangrientos que su compañía terminaba por no estrenar jamás.

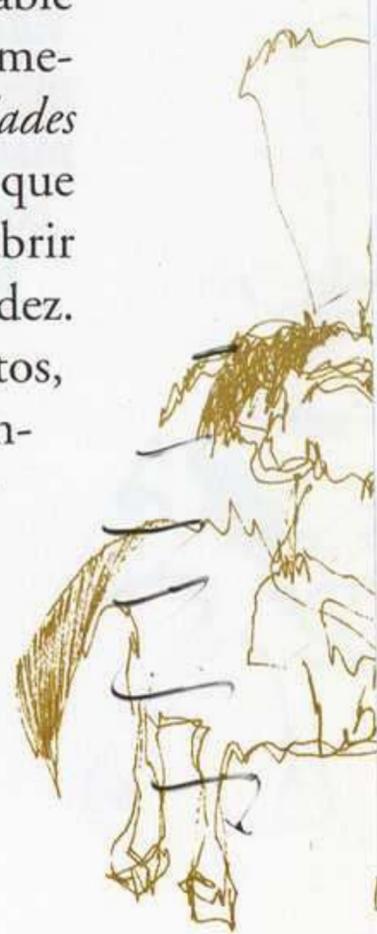
El único problema sin importancia del Congreso de Valencia, en que Salvador Domínguez se había citado con los directores de *Fin de Siglo*, era que nadie lo había invitado a él a participar; pero semejantes minucias nunca lo desanimaron, ni las consideró un obstáculo para desenvolverse en el mundo. El hecho de que los responsables no hubiesen tenido la amabilidad de contar con los dos poetas europeos que más merecían la atención del público —él mismo y su amigo Carlos Marzal— constituía una falta de olfato literario que lo ofendía profundamente, pero pensaba que en la torpeza también les iba a los organizadores su castigo, y que la posteridad se encargaría de juzgarlos con la inclemencia merecida. La circunstancia anecdótica de que no existiera lector sobre el globo terráqueo que nos conociese, ni pudiera hacerlo, no hacía sino cargarlo de razón, porque a Salvador Domínguez siempre le pareció que haber esperado a nuestra consagración definitiva como escritores, para invitarnos a cualquier Congreso, habría supuesto una muestra de mediocridad intelectual y una falta de previsión poética. Según su riguroso criterio, no había ningún mérito en aguardar a que se publicaran los poemas que todavía no habíamos escrito, para aclamarnos como escritores, porque de esa manera se comportaban los advenedizos del arte. Lo que verdaderamente hubiese demostrado finura de pensamiento habría sido adelantarse a la evidencia, y celebrar en el vacío lo que el futuro se encargaría de confirmar. Así que la mañana en que el Alcalde de Valencia recibió a los invitados al ?? Congreso de escritores del Mediterráneo, Salvador Domínguez se presentó en el Salón de Espejos del Consistorio, para ocupar el sitio que le correspondía por derecho

literario, aunque las veleidades del tiempo sucesivo aún no consintieran que el mundo lo supiese.

Por aquellas fechas, yo era un tímido inseguro e intransigente, y pensaba que en la inseguridad, la timidez y la intransigencia había algo de importante, una aureola de sigilo. Creo que, como casi todos los jóvenes con la cabeza a pájaros poéticos, necesitaba envolver en la mitología personal mi desorientación y mi zozobra. (Algo similar a lo que hacen casi todos los adultos un poco más adelante.) Hoy he dejado de ser tan respetuoso con la timidez y la intransigencia, y me he convertido —espero— en un individuo moderadamente expansivo y tolerante, y considero que cumplidos los veintitantos, cuando no son arrebatos ocasionales, esas dos formas de la hosquedad constituyen una pesadez del temperamento y una falta de inteligencia para la vida. En los niños y en los jóvenes, la timidez puede ser un adorno más de la gracia, y una muestra de lo mucho que aún les queda por aprender, pero en los adultos suele constituir la desgraciada confirmación de que apenas nada se ha aprendido, de lo mucho que la realidad ha querido enseñarnos. Lo cierto es que mi antigua superstición acerca de la timidez, y mi eterno convencimiento de que uno no debe presentarse en donde no lo esperan, hicieron que aquella mañana del ochenta y pico yo no acudiese a la recepción en el Ayuntamiento, y quedara en la Plaza del Ídem con Salvador Domínguez, a la salida de la ceremonia, para que me presentara a sus amigos andaluces.

Aunque ya he dicho que me atracaba de revistas literarias, la primera vez que leí un ejemplar de *Fin de Siglo* supe que había encontrado la revista en la que me hubiese gustado colaborar, y envidié en la distancia el talento de quienes la dirigían. Tal vez no fuese en muchas cosas absolutamente diferente a otras publicaciones, pero me pareció por completo distinta en la sustancia a todas las demás. Como sucede con lo que nos gusta en cualquier manifestación del arte, se trataba de un encuentro fatal de caracteres, de un inevitable tropiezo de temperamentos en la encrucijada de la casualidad. A ese fenómeno de simpatía espiritual se lo conoce con la hermosa expresión de *afinidades electivas*. Las virtudes de aquella revista pertenecen a la eterna novedad que emana del talento joven, pero que todas las generaciones necesitan descubrir en sus estrictos contemporáneos: rigor e irreverencia, desenfado y solidez. Comprendía que no había nada parecido en España en aquellos momentos, y me hice un adicto en espíritu de aquella publicación imposible de encontrar en las librerías de mi ciudad, algo que añadía el placer del catador selecto a mis ensoñaciones literarias, como si dispusiera de un barril secreto, con un extraño brebaje para la sola degustación de los muy entendidos.

La mañana de cuya fecha no puedo ni quiero acordarme me encontré con Salvador Domínguez, Felipe Benítez y Paco Bejarano



en la esquina de la calle de la Sangre con la plaza del Ayuntamiento. Un narrador con el corazón de los viejos romanos diría aquí que se debe tener mucho respeto a los lugares en donde nos citamos con la gente, porque la incontable materia del mundo puede interpretarse bajo especie de oráculo. Si yo hubiera sido más prudente, y me hubiese detenido un instante a leer los auspicios que de seguro flotaban en el aire de aquella mañana, me habría dado cuenta de que una cita concertada en la calle de la Sangre no podía acarrear más que una hermandad de por vida o un odio africano que desembocase en una matanza. El caso fue que ocurrió lo primero, y que desde entonces nuestras sangres fluyen juntas, pero tengo la impresión de que fui un imprudente. Ya nunca más dejo al azar objetivo que disponga un encuentro en un lugar de tantas resonancias simbólicas, y antes de conocer a algún nuevo individuo consulto a los arúspices en alguno de mis diminutos santuarios domésticos. Hago, por ejemplo, suertes verbales, y abro cualquier libro de las estanterías, para que la última línea de la página derecha me indique lo que me depara el futuro. O extraigo a ciegas del armario una camisa imprevista, y en su color y sus motivos interpreto señales proféticas. Como digo, el desbarajuste de la realidad balbucea algún oscuro mensaje que no sabemos comprender, pero hay que mantenerse en guardia y procurar traducir sus oráculos. Ahora que ejerzo de mi propio hechicero, jamás me cito en esquinas dudosas, y recomiendo al lector que siga mi consejo. Elija sitios de inexorable neutralidad anodina: la socorrida Gran Vía que hay en cualquier parte, la calle Mayor de no importa dónde.

No albergo la menor duda acerca de que la mañana en que conocí a Felipe Benítez hacía en Valencia un sol metafísico. Entiendo por ello ese tipo de sol que prefigura el verano, que nos infunde una vaga alegría sin porqué y que nos hace desear la santa holgazanería creatriz, madre de casi todas las cosas que merecen la pena en el mundo. Era una de esas mañanas en que el aire de Valencia huele a salitre, aunque sólo sea con el olfato de la imaginación (porque tal vez no haya ciudad costera en el planeta que viva tan de espaldas al mar); una de esas mañanas en que el simple milagro de la luz nos predispone con amabilidad a la filosofía del agradecimiento, ese reverso necesario de la filosofía de la amargura, también llamada realismo puro.

Paco Bejarano y Felipe Benítez me produjeron una impresión de radiante jovialidad. Tenían el aura de contento que caracteriza a los viajeros bien dormidos, en su primer día de visita a un lugar del que no esperan nada en concreto, pero del que algo esperan. Estaban tocados por los duendes del buen humor y contagiaban la disponibilidad de espíritu de quienes tienen no sólo la decidida intención de pasárselo bien a toda costa, sino la de quienes ya se lo están pasando bien por el mero hecho de querer hacerlo así. Por fortuna, Felipe Benítez



resultó pertenecer a la categoría de los extrovertidos medidos, y Paco Bejarano a la de los pudorosos dicharacheros, perfectamente compatibles con la verba chamánica y sentenciosa de Salvador Domínguez y con mi reserva expectante de entonces, dispuesta a transformarse en locuacidad cuando se sintiese a sus anchas. Y la verdad es que desde el primer momento tuve la inexplicable convicción de que con Felipe Benítez y Paco Bejarano no entablaba una amistad, sino que la reemprendía después de un período de ausencia cuyas causas no sabíamos recordar ninguno. De la misma forma en que con algunos conocidos, por más que exista entre nosotros un alto grado de confianza, no perdemos un punto de auténtica incomodidad, con algunas amistades recientes sentimos un inmediato desasimiento, un comfortable dejarnos ir que nos permite estar en nuestro centro y descentrarnos, salirnos de nosotros y no andar nunca perdidos, permanecer de par en par abiertos y no quedar en evidencia. Ya saben de qué les estoy hablando. El invisible flujo de la amistad es una corriente tan palpable como las aguas eternamente movedizas de los ríos. La simpatía mutua es un elemento de la tabla periódica, con su peso molecular, con su nombre cifrado. Tiene su aureola radioactiva, de la que emana una fosforescencia visible a plena luz del sol.

Por lo que respecta a la indumentaria, Felipe Benítez atravesaba en aquellos momentos por una época de lo que podíamos llamar *elegancia deliberada*, que consiste en vestir bien, saberlo, y saber que los demás lo saben. Llevaba un pantalón y una camisa de lino blancos, y una americana azul marino, con el cuello de la camisa sobre las solapas, y los puños abiertos, por fuera de las mangas de la chaqueta, a lo Jean Cocteau. Tenía la costumbre transilvana de no quitarse jamás las gafas de sol, y encendía un Ducados tras otro con la ansiedad de un buzo fumador después de una inmersión prolongada. Por su parte, Paco Bejarano pertenecía a la categoría del *subrayado dandismo matinal*. Llevaba un traje de verano cruzado, de diminuto cuadro verde, camisa blanca, un pañuelo al cuello, gafas de sol y un bastón ligero con empuñadura de plata, como utensilio imprescindible para sus coqueteos acerca de la edad y de su delicada salud. Lucía un bronceado impecable, de multimillonario milanés con una villa en Capri o con una cabaña de esquí en Cortina D'Ampezzo. Se peinaba hacia atrás con estudiado descuido la melena engominada, y tenía un leve tartamudeo que le daba a su hablar pausado un deje de dignidad archiepiscopal. Constituían una extraña pareja de amigos, cómplices perfectos a pesar de su diferencia de edad, brillantes, con la pizca de extravagancia necesaria y el encanto personal para hacerlos una compañía excelente.

Recuerdo que estuvimos tomando unas cervezas antes de comer, pero ya no sé dónde. Puede que fuera en la cafetería San Patricio, o en algún bar de la calle San Vicente, cerca de la plaza de la Reina. Tampoco estoy seguro de que aquel día nos marcháramos a la playa de la Malvarrosa a tomar un arroz, pero

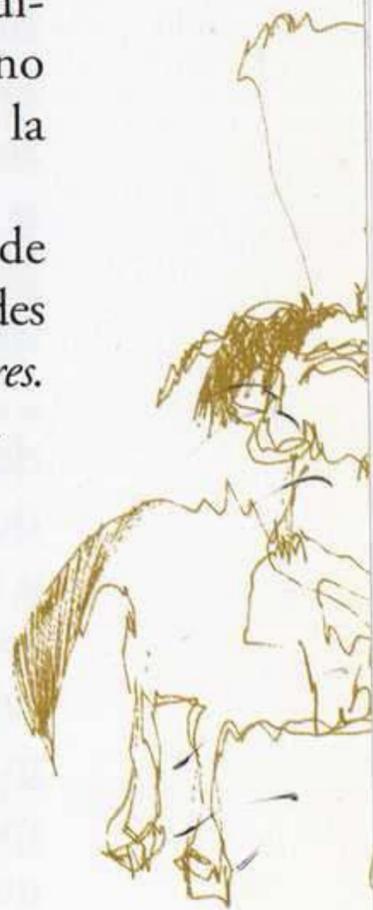
el sol metafísico que doraba la ciudad lo convierte en verosímil. De modo que merece la pena sacrificar la exactitud de los pequeños detalles auténticos, por la autenticidad de las minúsculas necesidades del relato. Además, no hubiese tenido nada de extraño que Felipe Benítez nos amenazase con retirarnos el saludo, si no lo llevábamos a probar una paella, o en su defecto cualquier tipo de arroz, dada su maníaca afición por ese cereal. Desde entonces, cada vez que visita Valencia me somete a un estricto régimen de arroces diferentes, para comer y cenar. Sólo he conocido un par de casos semejantes de adicción a esos curiosos granos blanquecinos: un viejo amigo de Sueca, que juraba haber comido y cenado arroz a diario, durante los primeros quince años de su vida, hasta el punto de no creer que se pudiera cocinar otra cosa en otras partes del mundo; y el torero Rafael Ortega, sobrino del legendario Rafael, el *Gallo*, quien comió y cenó delante de mí, cuatro días seguidos, arroz de primer plato, arroz de segundo y arroz con leche de postre. Mi amigo Carlos Velasco, gastrónomo, buceador a pulmón y psiquiatra freudiano en el hospital provincial de Valladolid me ha asegurado que existe una relación incuestionable entre la ofuscación arrocil y los hábitos de fornicador compulsivo. Al parecer, esa afición se gesta en las catacumbas del ello, en recónditos pasadizos y humedales del inconsciente. Quién sabe. Suceden cosas muy extrañas en las galerías del carácter y en los pueblos arroceros. Y si no, piensen en los chinos, en sus torturas de refinado sadismo, en su Gran Muralla, en su caligrafía misteriosa, en el canibalismo de la Revolución Cultural. Quién sabe adónde pueden conducir un temperamento introvertido y una dieta severa de arroz.

En nuestras primeras conversaciones, Felipe Benítez me causó la impresión de pertenecer desde su nacimiento a la literatura, y nuestra amistad posterior no ha hecho sino confirmarme la evidencia de que no hubiese podido dedicarse a nada diferente en la vida. Si algún azar le hiciese imposible el escribir, no sólo sería el ser más desgraciado de la creación, sino que no podría ganarse con otra actividad lo imprescindible para su supervivencia. La combinatoria genética lo ha dotado con tanto talento literario que casi lo ha convertido en un tullido para la vida práctica. En un trabajo con horario fijo hubiera languidecido hasta derretirse, como un masai en una celda.

En comparación con la naturalidad con la que se movía en las aguas de la literatura, tuve la certeza de que Salvador Domínguez y yo éramos unos simples huéspedes forzosos. Todavía hoy pienso lo mismo, y sé que por lo que toca al linaje literario, la diferencia entre Felipe y el resto de nosotros estriba en que, mientras él lo ha heredado por derecho de cuna, los demás lo hemos adquirido en trabajosos matrimonios de conveniencia. Aunque ha tenido que bregar como un forzado de dragut en la playa de Rota, para ordenar en palabras su capacidad, ha venido al mundo con una disposición innata que la mayoría no lograremos nunca por más que nos esforcemos.

Estoy convencido de que muchos amigos se volverían pasmarotes melancólicos, si no pudiesen escribir, pero no creo que ninguno se convirtiera en un pobre mendigo al que el resto de los amigos tendríamos que ofrecer por turno un plato caliente y una cama donde pasar las noches. No creo que ninguno se transformara en un loco mucho mayor de lo que ya es, pero a Felipe Benítez lo tendrían que atar con una camisa de fuerza. Aunque la mayoría de los escritores son bastante inútiles para los asuntos del mundo —salvo honrosas excepciones—, me parece que muchos de los que conozco se las arreglarían para dar de comer a su prole y tener lo suficiente para costearse todos sus vicios confesables, y la mayor parte de los que no pueden ponerse por escrito. Qué sé yo: Pere Rovira, por ejemplo, podría abrir un mesón en el Delta del Ebro con especialidades ampurdanesas, o se podría emplear como guarda alimánero en algún coto albaceteño de perdices. Andrés Trapiello podría charmar en el Rastro con cualquier material del mundo fenoménico, o dedicarse al muy noble oficio de la tipografía. Luis García Montero —como le hubiese gustado— podría desbravar potros en alguna yeguada de Andalucía la Baja, o en su defecto ser catedrático de literatura española. Paco Brines hubiera podido ser —pero por poco tiempo, hasta que la afición lo echara a gorrazos del cargo, por su entusiasmo hacia los jugadores malabaristas y holgazanes— entrenador del equipo de sus amores, el Valencia C.F.; o, dados sus múltiples saberes y su juicioso talante comunicativo, habría podido emplearse como el excelente preceptor de algún joven príncipe de la realeza europea. Vicente Gallego ha sido tantas cosas en el transcurso de su vida (y puesto que posee un resumen biográfico de contracubierta que ya desearía para sí la mayor parte de los novelistas norteamericanos: gogó de discoteca, vendedor de Biblias a domicilio, miembro de una brigada de poda, donante de esperma para la fecundación artificial, pesador-tasador de residuos sólidos), se ha dedicado a oficios tan peregrinos, que lo verdaderamente difícil de imaginar es no sólo que haya alguna tarea que no pudiese ejercer, sino que ejerza además la de escritor.

Paco Bejarano y Felipe Benítez Reyes habían sido invitados al Congreso de Valencia igual que algunos mandatarios de la ONU acuden a las ciudades bombardeadas y a las elecciones sospechosas de fraude: *en calidad de observadores*. Si con respecto a los políticos este género de visitas no suele alterar el curso esperado de los acontecimientos, en lo que concierne a los escritores permite todas las sorpresas que se derivan de la falta de responsabilidades. A excepción de la mañana inaugural —y porque se habían citado con Salvador Domínguez—, los directores de *Fin de Siglo* no volvieron a asistir a ningún acto de aquellas jornadas. Los cuatro o cinco días que estuvieron en Valencia los dedicaron en cuerpo y alma al conocimiento de los pobladores de la ciudad, a la frecuentación de sus garitos nocturnos



y a la cata de sus bebidas espirituosas. Para definir con exactitud la clase de actividad a la que nos entregamos, hay muchas palabras en español, cada cual con sus matices propios, que sería muy largo discutir —la farra, la juerga, la parranda—, pero creo que la expresión que mejor define los desmanes de aquellas noches es un dicho porteño: estuvimos en *la joda*, con empeño de faquires.

En vista de la idea que Felipe Benítez y Paco Bejarano me ofrecieron de los congresos literarios, comencé a pensar que una de las cosas mejores que se podían hacer en este mundo era la de llevar vida de escritor. Aunque hay congresos de escritores de todos los pelajes, el paso del tiempo me ha ratificado en mi hipótesis juvenil, así como en la creencia de que son de enorme utilidad, a condición de que se descarte de ellos todo provecho literario. La asistencia a algunos me inclina a considerarlos como excelentes ocasiones para conocer mundo, estar con los amigos, observar a gente estafalaria y emitir dictámenes privados acerca de la extrañeza y variedad de la vida. En contra de lo que algunos puedan suponer, no trato de ser frívolo, sino todo lo contrario: frío y ecuánime como un contable en una jornada de arqueo. Lo frívolo me parecería pensar que de la azarosa reunión de unos cuantos individuos, para declarar en público sus intenciones a la hora de escribir, pudiese derivarse algo de importancia para el desarrollo de la literatura, que es un arte de solitarios hecho para solitarios, por muchas otras cosas que queramos proclamar.

Fuese cual fuese la confusa impresión que tuviera yo entonces de la vida literaria, lo cierto es que aquella misma noche nos emborrachamos. Con las obligatorias pausas para dormir de manera muy desordenada, guardo el recuerdo de que estuvimos flotando en una nube de alcohol durante todos aquellos días. No se trataba de que fuésemos una cáfila de beodos, sino más bien de que la rocosa juventud nos permitía con su generosidad entregarnos a los excesos. Esa edad se caracteriza por concedernos tiempo y fuerzas para casi todo: leer, escribir, viajar, hacer nuevas amistades, beber alcohol festivo como si el mundo fuera a acabarse al día siguiente. Porque desde el primer instante de la primera noche en que salimos de joda nos envolvió ese clima: *el clima del fin del mundo*.

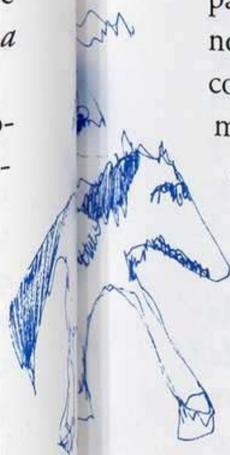
Entiendo por clima del fin del mundo la rara euforia común que se apodera a veces de los amigos en el epicentro de las mejores parrandas y que conduce a disfrutar de la noche hasta el final del vaso, como si el planeta fuese a reventar poco después. Consiste en esa conciencia de juerguista melancólico, que se detiene a contemplarse en el acto de saborear la juerga y de saber que se contempla a sí mismo. Es decir, un grado de la fiesta epistemológicamente superior, un atavismo de lo que debían de sentir los últimos habitantes de una ciudad medieval diezmada por la peste bubónica, y que hemos recibido a través de los intrincados caminos de la herencia.

En aquellos días del ochenta y tantos todos bebíamos (además de las cervezas previas a las comidas, el vino de mesa y los aguardientes a los postres) whisky con hielo. Muchos whiskies con hielo. Como cualquiera puede suponer, en nuestras circunstancias de haraganería y entusiasmo éramos capaces de bebernos todos los whiskies que la ocasión requiriese. Aunque los vapores etílicos que se instalan en la memoria pueden desfigurar la exactitud de los hechos, no recuerdo ninguna gran resaca por parte de nadie. En cualquier caso, las hipotéticas resacas duraron sólo el tiempo imprescindible para volver a emborracharnos. Pasados muchos años —doce o trece—, Felipe Benítez me hizo una confidencia de camarada en las trincheras:

—¡Hay que joderse! ¡Y pensar que me he pasado media vida bebiendo whisky, hasta descubrir que mi bebida nocturna es el cubalibre de ron!

Pero, en los años de la Ciudad de los Congresos, todos bebíamos whisky. No importaba mucho cuál, porque el conocimiento, aun de las cosas más insignificantes, se adquiere con la edad y con el declive de la salud. Por entonces estábamos hechos del mismo material con que se construye el fuselaje de los aviones, y no teníamos dos dedos de frente (a excepción de Paco Bejarano, que ya era un sabio chino a su manera, pero que no ejercía nunca como tal, como primera muestra de su gran sabiduría). Lo más probable es que a los jóvenes no les haga ninguna falta la templanza, porque para vérselas con el mundo ya tienen la fuerza bruta y la sensación de invulnerabilidad que da su poca cabeza. El aprecio hacia la cordura no está claro si representa una muestra de sensatez o una argucia para combatir la debilidad que nos endosa el paso del tiempo. Veintipocos años más tarde, siento algún respeto por la medida —aunque no sepa cómo domesticarla—, pero lo más probable es que se deba a que he perdido empuje moral y capacidad pugilística. A fin de cuentas, una reflexión de este género me hubiera parecido en los ochenta una homilía de chiflados. Bebíamos whisky con hielo, y fumábamos sin tregua.

Desde que me conoció, Felipe Benítez ha fumado el doble o el triple de lo que solía fumar. O al menos ha debido de comprar el doble o el triple de paquetes de cigarrillos. Una de las pruebas irrefutables de que nació entre nosotros una amistad súbita y blindada es que aceptó con estoicismo mi mala conciencia de fumador, que me lleva a poner en práctica la teoría que podríamos denominar *de la ocultación del estímulo*. En virtud de mis numerosos análisis acerca de la fuma, he llegado a la conclusión de que reduzco el consumo si se lo pido a los amigos. Inevitablemente, y debido al imperio de las leyes matemáticas, que a este respecto no admiten excepciones, si el dueño del tabaco quiere seguir fumando lo mismo, ha de aprovisionarse al menos del doble de la cantidad con que suele salir a la calle. Esta búsqueda de la moderación por el ocultamiento del objeto anhelado, Felipe ha terminado por tolerarla, y comprenderla como una de las cruces que



en el futuro pueden hacerle obtener, si no la entera santidad, sí tal vez una modesta beatificación.

La Valencia nocturna de aquellos años era poco más o menos igual de golfa, aunque con ligeras diferencias en su sustancia. De la misma forma que el temperamento de los individuos constituye la mayor parte de su destino, el destino de ciertas ciudades permanece escrito en el carácter que poseen desde su fundación. (Está en la naturaleza de las cosas el que la realidad permanezca idéntica a sí misma, por más que se empeñe en parecer siempre diferente.) Ya he dicho que los atropellos climatológicos a que están sometidos los pobladores de mi ciudad los vuelven propensos a los pecados de la demasía. Por consiguiente, no creo que la esencia pecaminosa y excesiva de Valencia haya sufrido demasiadas variaciones desde los tiempos de Rodrigo Díaz de Vivar, ni que pueda sufrirlas en el futuro.

Una de las diferencias apreciables entre la noche de entonces y la de ahora es que todavía no había llegado a la ciudad la epidemia del diseño, entre otras muchas epidemias. Había pubs que ya se daban pisto decorativo, pero me parece que uno todavía podía ir al lavabo sin tener que mear sobre un televisor oculto en el fondo del urinario, o sobre un jardín tropical de plantas

impermeables que cambian su orientación a ritmo de cumbia. Quizá se deba a un simple espejismo del recuerdo —ese síntoma que anuncia la enfermedad de senectud que aquejaba al abuelo Cebolleta del viejo TBO—, pero tengo la impresión de que entonces también éramos menos los que salíamos. (La memoria suele comportarse como un selecto club inglés.) Entre semana, sólo los perdularios incurables y los indolentes sin la condena del trabajo matinal; los viernes y los sábados, una multitud que todavía no había alcanzado la condición de turbamulta. El infecto litronismo de finales de los noventa era una plaga aún por inventar, porque los hijos de los hijos del 68 andaban todo lo más en pañales, y no habían tomado aún las aceras al asalto. Abundaba en los bares la honorable tradición de cerrar la puerta, hacer caso omiso de las ordenanzas municipales y servir copas a la clientela hasta el alba, que luego son las manos sucias y los ojos ribeteados, y el acabarse las argucias para continuar encantados. Tengo la sospecha de que la noche valenciana de los ochenta era menos uniforme y bastante más apache, aunque no me atrevo a caer por entero en la melancolía de asegurar que resultara mucho



más interesante. Como suele ocurrir, nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos, y esa variación cronológica y sentimental nos enturbia el criterio.

La mayor parte de nuestros episodios de noctambulía tuvieron lugar en innumerables cubiles del centro, porque una de las características de aquellas salidas era su propensión itinerante. Desde la primera noche adquirimos el saludable hábito crápula de dormir durante el día y citarnos al atardecer para continuar con la juerga. Vagábamos a la buena de dios hasta la hora de cenar, cenábamos y comenzábamos a dar tumbos a la deriva, sin una concreta aspiración.

Las esperanzas nocturnas constituyen un género literario independiente y una parte obligatoria de toda filosofía que aspire a construir un sistema. Si la noche puede suponer una metáfora de la vida, las ilusiones de quienes deambulan durante la noche también pueden contemplarse como un vago emblema general de los deseos sobre la existencia. Supongo que lo que mueve a la gente a salir de sus casas es el apetito, una manera doméstica de nombrar la voluntad de vivir, que para un ilustre filósofo alemán constituía la verdadera entraña del universo, *la cosa en sí*. Aunque la turba lo ignore, cuando se lanza a la calle parece que no hace otra cosa más que secundar los designios del ciego torbellino de la vida, un huracán sin dirección ni propósito. Por más que esté convencido de que en esa intuición se cifra un juicio certero sobre el universo, no creo que esté justificado ponernos demasiado metafísicos para hablar de nuestras inocentes correrías nocturnas. ¿Qué esperábamos en aquellas noches antiguas? Me parece que no traiciono el espíritu de ninguno, si digo que esperábamos que nos ocurrieran *cosas*. Todo y nada, como también supongo que se espera del mundo de una manera inconcreta. La inquietud es el impulso que nos fuerza a vagar en busca de aventuras, sean del género que sean y tengan el tamaño que tengan. Quiero creer que, cada vez que uno sale de casa por la noche, da por supuesto que no le va a ocurrir nada, aunque sabe que podría ocurrirle cualquier cosa que cambiara el curso de su vida. De hecho, el hábito aparente de que no nos suela ocurrir nada cambia el curso de nuestras vidas a cada instante. Cuando se tienen veintitantos años, uno está dispuesto a que le suceda no importa qué, a cualquier precio: *cosas*, y debajo de esa palabra cabe la magia y la trivialidad (que no es otra cosa que la magia, pero sin la ropa de los domingos). Estoy seguro de que no me equivoco si aseguro que perseguíamos lo que muchos años después José María Álvarez, el General Lee, Comandante en Jefe de los Ejércitos Poéticos del Sur, le dijo en Sevilla a una indignada acompañante que no se podía explicar qué hacíamos de madrugada, por las callejas de Santa Cruz, buscando más bares abiertos: *Nous cherchons la folie*. Ni más ni menos: la fugaz locura de las noches, con su resplandor de bondadoso dije falso.

No necesité conversar mucho con Felipe Benítez para entender que tenía-

mos pareceres comunes con respecto a los grandes problemas filosóficos: ambos sufríamos una patológica afición por el mujerío, y ambos teníamos un pudoroso gusto patológico por la literatura. Comprendí muy pronto que Felipe era un entusiasta del arte del disparate, que es una disciplina para la que se requieren gran sensatez y clarividencia, igual que para el cultivo de la poesía surrealista. Los años de amistad me han hecho ver que también somos propensos a desarrollar una de las benignas variedades individuales de la mitomanía, conocida entre los psiquiatras bajo la denominación de *desarreglo de Mr. Pickwick*. Se trata de la forma dickensiana que ha adoptado uno de los síntomas del quijotismo, y consiste en vagar por la vida llevando puestas las gafas de lo sorprendente. De manera que a los demás les ocurren simples sucesos, mientras que a nosotros nos suceden aventuras. No hay nada, por pequeño que sea, que no pueda adquirir en el relato su tinte sobrenatural, ni nada, por insípido que alguien lo considere, que al contarse no pueda cobrar sabor de hazaña.

Con ese corazón disponible con el que Mr. Pickwick se proponía salir a la búsqueda de acontecimientos, era poco más o menos con el que salíamos cada noche para celebrar nuestra amistad recién estrenada. Algunas veces empezábamos la ronda por dos cafés que ya no existen: uno —el Malvarrosa— porque ha desaparecido, y otro —la Cervecería Madrid—, porque se ha vuelto tan diferente al que frecuentábamos que sería estúpido pensar que sigue siendo el mismo. Superados los repechos iniciales de la noche, nos perdíamos por el Barrio del Carmen o por los rumbos de Gobernador Viejo y sus afluentes. De entre los garitos espectrales de entonces, recuerdo con cariño estupefacto El Golem, uno de los bares más extraños que se puedan concebir. Era un sótano minúsculo, cerca del Palacio Arzobispal, con un microclima propio y un tufo opresivo a humedad y a humo rancio. Todo el bar consistía en una barra minúscula, dos mesas del tamaño de un tablero corriente de ajedrez y cuatro o cinco sillas de color verde limón. Lo regentaba un negro de pocas palabras, barba blanquecina y gafas enormes de cristales ahumados, como las que llevaban los reyes del *soul* y del sonido Filadelfia en las cubiertas de los discos. Nunca conseguí entablar con el dueño una conversación que fuese más allá de los saludos protocolarios y de la petición de copas, pero el caso es que despedía una extraña cordialidad de otro planeta, que empleaba silencios y desapariciones donde el común de los seres humanos utilizaba la presencia y las palabras. Los asiduos lo considerábamos un sabio hermético y un artista de la renuncia, aun sin tener para ello la más mínima prueba, sólo por el aura de bohemia furiosa que lo envolvía. La puerta del local nunca estaba abierta, pero se podía llamar a ella a cualquier hora del día o de la noche, por muy tarde o muy pronto que pudiese parecer. Las circunstancias de la cronología eran una puerilidad que sólo parecía ocurrir fuera de aquel

tugurio. Cuando aparecíamos por allí, tal vez a las cuatro de la mañana, el héroe de la abdicación nos abría la puerta con naturalidad, nos servía unas copas, echaba a andar un equipo de música de la familia de los gramófonos para discos de baquelita y se tumbaba a dormir en un camastro, con la previa recomendación de que dejásemos el dinero de las consumiciones en la barra y cerráramos la puerta al salir. A Felipe y a Paco les encantaba el eremitorio de aquel asceta de la inactividad, y casi todas las noches le hicimos una visita. En una ocasión, nos encontramos a una clienta medio desnuda dormida en el suelo, se despertó y bailó para nosotros unas danzas de escalofrío a cambio de una cerveza. Más tarde conseguimos que las interrumpiera a cambio de otra. En El Golem, antes que la sensación de estar en un bar, uno tenía la idea de haber termi-

nado en lo que quedaba de un bar después de que hubiese sido tragado por un agujero negro. He estado después en sitios extraños, pero nunca he tenido la impresión de conocer un lugar más extravagante que aquél. Gracias a las enseñanzas involuntarias del anacoreta que lo dirigía, he podido ir por la vida con despreocupación cosmopolita, y poner cara de hombre de mundo en alguna que otra casa de los horrores. Un día El Golem ya no estaba. No sé qué se habrá hecho del dueño. Y bien mirado, la única forma lógica que tenían de desaparecer el bar y su propietario era así: sin dejar huella.

Otra de nuestras paradas de avituallamiento estuvo en La Marcha de los primeros años, justo después de que dejase de ser una galería de arte contemporáneo, un cambio de negocio que tal vez suponga una metáfora encubierta de la modernidad. A la salida del establecimiento, cierta noche, Paco Bejarano adoptó a un punk austriaco que deambulaba por la ciudad de camino hacia Ibiza. Era un cíclope adolescente, vestido de riguroso cuero negro y calzado con botas militares claveteadas. Andaba cargado de cadenas e imperdibles, envuelto en efluvios penitenciarios, y tenía una cicatriz rojiza que le atravesaba la parte del cráneo rapado al cero que no ocupaba su cresta violeta de arapajoe. En un inglés tartajoso nos puso al tanto de sus andanzas durante los últimos meses.

Al parecer, había emprendido con fervor místico una peregrinación europea que lo llevaba por distintos países, para asistir a los conciertos de Nina Hagen, la cantante inventora del punk operístico. Según pudimos deducir, su devoción estaba muy arraigada, porque nos repitió en más de cien ocasiones que la artista era su madre intelectual. No dijo que fuese su cantante favo-



rita, ni la mujer de su vida: su madre intelectual. Con semejante género de declaraciones, no es de extrañar que le tomáramos cariño. Viajaba con lo puesto, unas veces en auto-stop y las más a pie llano, sobre sus botas de siete leguas. Si los hados no le eran adversos, llegaba a las ciudades con tiempo para colarse en los conciertos de mamá, pero con frecuencia se quedaba por esos mundos de Dios, tirado en alguna cuneta. No había comido en varios días. La prueba de que el punk es un movimiento de sorprendente eclecticismo es que en el momento en que nos lo cruzamos se dirigía a la Catedral, a rezarle a la *Mare de Déu dels Desamparats*. Supongo que no habría podido dirigir sus invocaciones —con el permiso de Nina Hagen, su musa— a ninguna patrona más adecuada. Aquella noche, Paco Bejarano llevaba traje de chaqueta, pajarita y bastón, y resultaba lo más natural del mundo que se hiciera acompañar de un súbito sobrino perteneciente a la congregación punk del Vaticano. Desde la puerta de la Catedral, los vimos a ambos arrodillados a los pies de la *Geperudeta*. Más tarde, como respuesta a los rezos del peregrino, Paco Bejarano, que es un caballero, invitó al punk a devorar un desayuno inglés en su hotel y a disfrutar de un sueño reparador, que el muchacho descabezó en la bañera. Cuando Paco se despertó, muy entrada la tarde, el punk había emprendido su romería ibicenca, y sólo le había robado un cepillo de dientes y el tubo de pasta dentífrica, y había arrancado las cadenas del lavabo, la bañera y el bidet, para añadir cabelleras recién cortadas a su colección de herrajes. Aquella parquedad y aquel gusto tan selectivo demostraban, en opinión de Paco, que era un chico de espíritu.

Puestos a hablar de espíritus, uno de los santuarios de nuestros peregrinajes fue un tugurio llamado Ítaca, donde conocimos a la banda del Hombre Lobo. El bar tampoco existe hoy en día, y no recuerdo bien en qué rincón del Barrio del Carmen se encontraba, pero guardo la imagen de un túnel a oscuras que solía frecuentar una clientela muy selecta: barbudos con empalago de la bohemia cantautora, barbudos conspiradores de la facción nacionalista; eruditos barbudos cinéfilos, con los ojos estrábicos de tanto asistir en la FilMOTECA a los ciclos de películas finlandesas con subtítulos en francés. Muchos barbudos y las correspondientes novias de cada uno de los miembros de los diferentes clanes. No es de extrañar que el Hombre Lobo y su banda estuvieran en Ítaca tan contentos como Alí Babá y sus ladrones en la cueva del Ábrete Sésamo. Aunque nuestros gustos en lo referente a bares eran de una generosidad samaritana, supongo que entramos allí por la extraña conjunción que se produce cuando



concurren el vino, el azar, la inconsciencia y la sed.

El Hombre Lobo era el líder natural de una camada de desarrapados pertenecientes a naufragios distintos, pero a quienes la marea de la noche había empujado hasta la misma isla prometida. La primera vez que lo vimos, en las tinieblas de Ítaca, nos pareció que llevaba calado un pasamontañas. Lo cierto es que padecía alguna extraña forma de hirsutismo, y toda su cara, desde la frente hasta más abajo de la nariz, estaba invadida por una oscura barba de sacerdote ortodoxo griego. En mitad de la pelambre, se adivinaban tres pequeñas hendiduras que formaban un triángulo: dos ojos fanáticos y una boca a la que no se le veían los dientes. Fue el Príncipe de los Barbudos quien se nos acercó, después de haber estado observándonos con escepticismo e intriga desde la oscuridad de su trono.

—¡Eh, vosotros, los guapos! —dijo con la voz de quien está acostumbrado a catequizar a sus fieles—. Todavía no tengo claro si sois condes o modelos.

Felipe le respondió que éramos modelos de condes, y aquellas palabras mágicas partieron el corazón del Hombre Lobo, quien desde ese instante se convirtió en nuestro mentor en la isla. Nos prohijó, nos presentó al resto de la banda, e incluso tuvo a bien que lo invitásemos a whisky durante toda la noche, bebiendo siempre de nuestro propio vaso, en señal de camaradería. Según nos dijo, era un nihilista que aún no había decidido si dedicarse a colocar bombas en las puertas de los Bancos, o si emprender la redacción de una novela que supusiera el equivalente sintáctico de la dinamita para la aburguesada literatura española de mierda. Ante la furiosa poética anarca de nuestro licántropo, confesamos que los intereses de la nueva nobleza del corte y confección no eran de carácter novelístico. Ahora bien, Lobo nos contó con parsimonia la trama de su obra cumbre, en la que aparecían tipos incomprensibles de espíritu fogoso, que redimían a la podrida sociedad del capital con bombas colocadas en las sucursales de los Bancos. Eso, y en medio, mucha digresión de filosofía incendiaria.

El lugarteniente de Lobo era un americano rubicundo conservado en alcohol, y cuyo nombre no supimos nunca. Tenía esos modales de franqueza brutal de los perdedores que aparecen en las novelas de Hemingway, y un alma negra de emotivo solista de blues que estaba muy por encima de sus facultades vocales. Se desplazaba en equilibrio inestable entre la feligresía del bar, siempre a punto de venirse abajo desde su metro noventa, y acostumbraba a cantar para sí mismo y el auditorio, con el acompañamiento de una guitarra inexistente, cada una de sus intenciones, en un español de hechicero del Far-West: *Un copa pedir (tan-tan-tan-tan-tán), un copa beber (tan-tan-tan-tan-tán)*. Y así toda la noche.

El resto de la tripulación del Hombre Lobo estaba formado por nativos del mismo país estrambótico. Recuerdo a un muchacho andino al que llamaban

Sheriff, porque llevaba en la solapa una estrella de plástico del tamaño de un melón maduro. No abría la boca, pero desprendía la tristeza milenaria del incario, por medios que están más allá de la humana comprensión. A bordo de aquel carromato de enormidades, vi una pareja de novios siameses que se pasaban la noche a caballo el uno del otro, en un rincón de Ítaca, sorbiéndose los fluidos corporales con desesperación, como si unas horas después él hubiera de partir hacia el frente en una nave de guerra. Nos presentaron a Eugueni Kuropatzky, un ruso pendenciero que al parecer había explicado, en la Universidad Politécnica de Ekaterimburgo, la extraña asignatura de Espacios Vacíos, pero que ahora se ganaba la vida limpiando parabrisas en un semáforo de la Carretera de Barcelona.

Aunque yo había emprendido mucho tiempo atrás mi colección de monstruos, y desde el principio sentí curiosidad entomológica hacia el Hombre Lobo y sus secuaces, si aquella noche permanecemos en Ítaca y regresamos a diario, se debió a la presencia de una chiflada argentina de hermosura hipnótica: Eva Sacchi. O Tacchi, o Macchi, quién sabe, pero Eva al fin y al cabo. Era una criatura que convertía por sí sola el bochinche del bar en música acordada, y elevaba la mugrienta filiación de Ítaca hasta las dependencias celestiales. Era la encarnación de la princesa descalza que es capaz de pasearse sobre las brasas de la hoguera y salir indemne. Como todas las argentinas, dominaba las artes narcóticas de la verbosidad, que pierden irremediablemente lo mismo a los colegiales que a los seminaristas y los marineros. Si volvimos a la madriguera del Hombre Lobo fue porque Eva Sacchi —o Tacchi, o Macchi— tenía una embriagadora aptitud de diosa altiva para tratar mal a los hombres, y por entonces Felipe y yo éramos muy sensibles a las divinidades desdeñosas. (Como hoy en día, poco más o menos.) Eva la argentina tenía vocación de fotógrafa de vanguardia, junto con una idea muy certera de la euforia que provocaba en el masculinaje. No nos dio la impresión de que tuviese más inteligencia que un chorlito, pero no nos importaba, porque hubiese sido demasiado cruel que el Universo hubiese depositado en el mismo lugar la Verdad, la Bondad y la Belleza.

La última noche que pasamos juntos en aquellos tiempos de la Ciudad de los Congresos, nos habíamos enrolado de nuevo en la armada del Hombre Lobo. El rastro de Eva nos había llevado de gruta en gruta, bebiendo como machotes absenta La Loca, su trago predilecto, hasta que la realidad adquirió una coloración al óleo de amarillo marchito. En uno de los puertos en donde atracamos, Eva la argentina le desató a Felipe la corbata, y con ella se hizo una diadema de nudos marineros que le caía sobre la frente. Cualquiera otra mortal se hubiese convertido en un fante, pero Eva la argentina hubiese podido asistir con su tocado a una recepción en la corte del Zar Nicolás II.

Cuando nos echaron a empujones del último bar de Valencia, Eva nos

invitó a proseguir la farra en el piso de un conocido, con los restos de la banda del Hombre Lobo. Apuntamos la remota dirección en un posavasos, los vimos dirigirse rumbo al puente de la Estación de Madera y nos encaminamos en busca de nuestro coche. Al llegar a él, decidimos que ninguno de nosotros estaba en condiciones de conducir, de manera que regresamos sobre nuestras huellas. En el momento en que nos dispusimos a cruzar el Turia, atisbamos a toda la banda de Lobo en la otra orilla, contra la pared, con las manos en alto. En unos segundos, un par de patrullas de la policía los cacheó, los esposó y los introdujo en una furgoneta. Desde el puente de la Estación de Madera contemplamos perderse a la Princesa de la Pampa en dirección a Comisaría, para nunca más volver.

Jamás me he tropezado de nuevo a ninguno de los compinches de Ítaca. He hecho desde entonces multitud de cábalas acerca de su destino, algunas de carácter esotérico, y la mayoría de prosaísmo judicial. Lo más probable es que los encerraran durante algún tiempo y que después abandonasen Valencia. O sencillamente que dejaran la ciudad después de que se les tomara declaración. Quién puede averiguarlo. Quizá la policía nos libró de que nos desvalijasen, e impidió que apareciéramos mutilados en algún solar de las afueras. Puede que la súbita irrupción de la bofia nos apartase del amor de nuestra vida. Ya no lo sabremos nunca. El caso es que siempre he envidiado a Felipe Benítez que lo despojaron de su corbata nocturna, y que contribuyera a engrandecer el ajuar de una despectiva diosa efímera.

Después de nuestros episodios de noctambulía en la Ciudad de los Congresos, he estado con Felipe mil y una veces, en mil y una noches diferentes. En la cálida noche sevillana con venenosos efluvios de azahar. En noches lisboetas con algo de confusa japonería y de vudú caboverdiano. En la noche de miniatura cosmopolita de Rota. En un Buenos Aires poliédrico, en donde combinamos el traspase en los templos vandálicos a orillas del Plata y el posterior amanecer en el mercado de San Telmo.

Han pasado los años, pero cada vez que nos volvemos a encontrar, padezco de nuevo el espejismo de figurarme que somos aquellos tarambanas a la deriva, en busca siempre de algo que ignorábamos estar buscando. Cada vez que la noche nos acoge bajo su manto beatífico, regreso a los tiempos en que estrenamos nuestra amistad, y siento que parte de nuestra vieja alma se mantiene incólume, igual de ilusionada, a la espera de que ocurra de nuevo el milagro de lo imposible.